

EL DIACONO, FIGURA CRUCIAL DE LOS CAMINOS CRIS- TIANOS

M. Calvo Beca

El Diácono, signo de los tiempos nuevos

Resulta interesante la simpatía despertada por la personalidad del diácono en casi todos los ambientes. Tema menor entre los debatidos por el Concilio, pero de una resonancia especial en el celo pastoral de los Padres, en la producción teológica de los últimos años, en la prensa y en la opinión pública (1).

Ha de tener una motivación profunda: una figura prácticamente desaparecida entre nosotros atrae todas las miradas, complacidas, antes de surgir... Interés y aprobación universales que señalan claramente una convergencia de valores cristianos en la vocación del diácono y una necesidad de su presencia en la Iglesia de hoy.

En el examen de las causas que hacen de la restauración del diaconado un acontecimiento oportuno y bienvenido, nos vamos a fijar en las que dicen relación con los caminos cristianos. Damos por supuesto que el sentido histórico actual —amor a las fuentes—, el deseo de renovación y mayor eficacia pastoral, la espiritualidad de servicio, representan, entre otras, válidas razones para crear un clima favorable a la reaparición del diácono.

El Espíritu Santo, Sabiduría de la Iglesia en Concilio, abre su tesoro: y Él mismo se difunde en nuestros corazones cuando acogemos con alegría lo que es siempre antiguo y siempre nuevo: la vocación cristiana.

Vocación y caminos

Una mirada superficial sobre cualquier aglomeración de cristianos descubre muy pronto dos estilos de vida, bien diferenciados. Sacerdotes y religiosos por un lado, laicos o simples cristianos por otro. Los consagrados a Dios se distinguen de los demás por su re-

nuncia a los bienes que inscriben en el mundo: profesión temporal y familia. Bajo este aspecto sociológico típico, apariencial, los cristianos laicos presentan más semejanzas y puntos de contacto con los no cristianos que con el grupo de consagrados.

No es de extrañar, por más que todos hayan sido llamados por una misma vocación fundamental. La realidad sobrenatural queda oculta en el simple cristiano, mientras la postura del sacerdote y religioso ante los bienes del mundo es plenamente escatológica, pertenece —y así lo proclama— al Reino definitivo.

Por eso se dice preferentemente de estos últimos que tienen “vocación”. Porque dan el testimonio cristiano de modo insoslayable: aun los ojos menos profundos han de ver en ellos una palpable escenificación de la vocación cristiana. Fe en el acontecimiento Redentor ya realizado y operante, esperanza en la Vida que transformará la nuestra, presencia del “cielo nuevo y la nueva tierra” en que todos nos amaremos “como los Angeles de Dios”.

Pero los cristianos inmersos externamente en las estructuras mundanas poseen la misma vocación. “El tiempo es breve, hermanos. Por tanto, importa que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen; los que disfrutan de este mundo, como si no disfrutasen; porque pasa la figura de

este mundo”. (I Cor 7,29-31). Esta es la misión específica del laico dentro de la vocación cristiana: usar de lo terreno como temporal y destinado a la inserción en Cristo, y no como los paganos, “como los otros que no tienen esperanza”. (I Tes 4,13).

Y en aquellas cosas indispensables para la conservación de la vida, tanto a unos como a otros se les exige la misma actitud caminera: “Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios”. (I Cor 10,31). La intención vigilante, “esperar a Jesús” (I Tes 1,10), es el meollo de toda vocación cristiana, única en los diversos caminos.

Ruptura de la unidad de vocación

Aun nosotros mismos, los cristianos, nos dejamos impresionar por los estilos de vida quizás en demasía. No entendemos bien los caminos. Nos olvidamos fácilmente de la unidad de vocación e introducimos demasiadas diferencias. No es sólo el consagrado el que ha sentido con frecuencia la tentación de juzgar como un grado imperfecto de cristianismo la vocación de Dios en el mundo. El laico tiende igualmente a pensar lo mismo. Aunque a todos nos duele confusamente.

Hay quienes lo atribuyen a una inducción realista: la imperfección, el olvido de Dios, abunda más en los que usan del mundo. La rechazamos; porque en el fondo de esa inducción operan tendencias poco caritativas, poco científicas y poco ortodoxas.

No se puede simplificar —buenos y malos— cuando la realidad es compleja, matizada e interior. Un buen método, el consejo del Señor: “No sea que por arrancar la cizaña, arranquéis también el trigo”. (Mt 13,29).

Una herejía siempre amenazante en la historia de la Iglesia identifica el

(1) CARMELO GIAQUINTA, *Restauración del diaconado*, Ecclesia, 10 de octubre, 1964. Al principio del artículo hace un resumen del interés suscitado. Para una información sobre sus fuentes, historia y teología, ver también el de LUKAS VISCHER, *El problema del diaconado*, publicado en *Verbum Caro*, 69 (1964) 30-51 y condensado en *Selecciones de Teología*, 11 (1964) 197-205.

mal con la materia. Ignora la gran aportación optimista del Cristianismo: el mundo es hechura de Dios, el Verbo se ha encarnado, todo camina hacia Cristo.

Un tercer factor, meramente psicológico, viene a subrayar la diversidad de los caminos con peligro de olvidar la unidad. Es la condición humana pronta a interpretar como signo, simbólicamente, toda manifestación exterior. Pero esta tendencia no puede ser combatida eficazmente con razonamientos, sino con sus propias armas: un verdadero simbolismo. A ello responde el Misterio de la Encarnación del Verbo, la estructura sacramental de la Iglesia y la entrega de sus gracias bajo signos sensibles, los Sacramentos.

Este es el papel providencial del diácono para la teología, pedagogía pastoral, de la vocación cristiana.

El diácono, en la cruz de los caminos

Aquí se inserta el motivo secreto de la alegría con que es recibido el diácono desde todos los caminos cristianos. El diácono *escenifica* ante nuestros ojos la compleja realidad cristiana. Un esquema dualista, imperfecto por simple, amenazaba constantemente el mismo plano intelectual de la vocación en Cristo, los fundamentos doctrinales.

Personas Ocupaciones Estados

Laico	Temporales	Matrimonio
Clérigo	Espirituales	Celibato

Por ingenuo que pueda parecer, las murallas que automáticamente se levantan con estas definiciones lineales agostan la riqueza de la unidad de vocación a la santidad, idéntica en una sinfonía de matices. El personaje polivalente que va a reaparecer trae la clave de la complejidad y la luz.

Las ocupaciones cristianas

Un clérigo, consagrado a Dios, es ministro de lo temporal (2). Los afa-nes cerca de la materia tendrán ahora un puesto consagrado en la Iglesia. Un sacramento para la caridad corporal. La tarea mundana y terrestre de los hijos de la Iglesia estará presidida por un miembro de la jerarquía, representando al Obispo.

El laico, seglar o religioso, podía conocer la elevación sobrenatural, el destino cristiano, de su misión temporal. Pero sus ojos necesitaban el dogma sensible, el sacramento viviente en la Iglesia. Para algunos de ellos se ofrece ahora la oportunidad de recibir lo personalmente. Pero basta la presencia del misterio encarnado para que, iluminada la fe, prosigan todos con gozo su quehacer material.

La función social-temporal del diácono se la repartían hasta ahora el sacerdote y el laico. Pero en los asuntos más próximos a su ministerio tomaba ordinariamente el sacerdote la iniciativa y la misma realización. Lo cual creaba una situación incómoda, equívoca. Por un lado desplazaba al sacerdote a ocupaciones no propias de su ministerio espiritual. Pero de ahí se seguía una crítica infundada: se negaba a la autoridad eclesiástica la competencia y el derecho de intervenir en todo asunto temporal. Por ampliación, igualmente injusta, se miraba al religioso no sacerdote como un intruso en materia tem-

(2) Como decimos más adelante, el motivo de la restauración del diaconado parece ser la urgencia de multiplicar la acción del sacerdote, sobre todo en regiones de poca densidad sacerdotal. Esperamos, sin embargo, que la ocupación del diácono se extenderá, de modo propio, a la administración de la caridad y bienes temporales de la Iglesia. Función de su competencia en la historia del diaconado, desde su fundación (Hechos, 6, 1-3). Las necesidades actuales no son menores a este respecto.

poral, como en la enseñanza profana y en otros tipos de asistencia y promoción social.

El diaconado viene a legitimizar todas estas actividades. Realiza una reivindicación doctrinal: pues es sintomático que estos derechos de la jerarquía (y religiosos asimilados) eran negados casi exclusivamente por "los más cristianos", con pretexto de falsas razones doctrinales.

El gozo que experimenta el sacerdote cuando se le anuncia la llegada del diácono corresponde en parte a la satisfacción que produce el trabajar armónicamente organizados y en parte a la paz interior que supone encontrarse centrado en una vocación de límites precisos. La vocación sacerdotal se clarifica.

Los estados de vida

La 90.^a Congregación General ha aprobado (votaciones 38.^a y 39.^a) que el diaconado podrá conferirse a hombres casados de edad madura y a jóvenes con obligación de celibato. Pudiera parecer arbitraria esta distinción. O, al menos, atribuirse a razones de compromiso, simple suma de posiciones encontradas, y no responder a un pensamiento teológico bien definido. Cuando sea aprobado y promulgado oficialmente por el Papa en unión del Concilio, las opiniones particulares de los Padres habrán quedado sancionadas en sus resultados generales por la asistencia del Espíritu Santo. Pero ya desde ahora la decisión que nos ocupa aparece iluminadora de los principios básicos de los estados de vida cristianos (3).

(3) Ya en prensa este artículo, contamos con la promulgación oficial de la Constitución Dogmática *De Ecclesia*, en cuyo capítulo III, párrafo 29, aparece aprobada la restauración del Diaconado, con las circunstancias señaladas en el texto.

La Iglesia desea, una vez más en la historia, que sus ministros guarden la castidad de continencia. Con ello se afirma implícitamente la relación esencial de conveniencia que existe entre sacerdocio y celibato. Resalta el valor apostólico que contiene la renuncia al bien temporal del matrimonio. Por ser evidente testimonio —el más claro, junto al martirio de la vida— de la condición escatológica de la Iglesia: fe, esperanza y caridad sobrenaturales en la Vida que está por venir y que ya ha empezado a estar presente.

Quizás el motivo histórico de la actual concesión del diaconado a hombres casados de edad madura haya que ponerlo en la urgencia de confiar ciertos poderes ministeriales a cristianos de probada fidelidad. El estado matrimonial, vivido ejemplarmente durante años, tenía que ser la cantera de donde salieran estos hombres seguros que a corto plazo necesita la Iglesia.

Pero una vez más, el diaconado, concedido en estas circunstancias, descubre matizaciones interesantes. La esencial conveniencia que une sacerdocio y celibato no implica ningún desprecio de la santidad cristiana del matrimonio. La conveniencia del celibato se apoya en su valor de testimonio escatológico. La perfección cristiana del matrimonio se pone de relieve en que el celibato no sea condición esencialmente necesaria para recibir órdenes sagradas. Al mismo tiempo, la castidad conyugal, explícita hasta hoy en la mente de la Iglesia, toma el relieve de una institución aparente. En el aspecto interior, dogmático, la perfección del estado matrimonial era predicada y creída por todos: aún más, el matrimonio tenía una consagración sacramental. Pero es todavía una nueva gracia de Dios, para nosotros los latinos, el que se nos presentan fundidos en una misma persona los Sacramentos del Orden y del Matrimonio. Para que nuestros ojos descubran la santidad esencial y única de toda vocación cristiana.

En la Comunidad Eucarística

Hemos señalado como notas fundamentales de la vocación cristiana la asunción de las realidades terrenas y la proyección de nuestra vida hacia el advenimiento de un Reino en Dios, que ya ha comenzado. Hemos subrayado la unidad íntima de todos los caminos cristianos. Queda ahora detenernos ante el Misterio que enlaza este mundo con el futuro; la Realidad Sobrenatural que nos une, nos eleva y nos hace vivir ya de la Vida divina a que somos destinados.

Nuestra incorporación a Cristo es plenamente realizada en la Comunión Eucarística. Tierra y Escatología se hallan unidas en el Santísimo Sacramento. Reconciliación del cielo y la tierra. La humanidad, culmen y resumen de la Creación, se reúne en la participación del Sacramento de Cristo, Dios y Hombre, y forma una comunidad de acción de gracias, al mismo tiempo terrena —sufriente y combatida— y escatológica —definitivamente elevada y glorio-

sa. La Eucaristía es el Sacramento de la Unidad redentora y redimida.

Nos esforzamos actualmente por avivar el poder expresivo —signo sacramental— que tiene la reunión eucarística. La figura del diácono, servidor de las miserias humanas, entresacado de todos los estados peregrinantes, se acerca a la Mesa del Misterio con poderes sobre el Cuerpo y la Palabra del Señor. Representa un nuevo anillo —cercano a todos— del Pueblo de Dios congregado. Con la reaparición de esta forma de vocación cristiana todos pueden intuir la gran semejanza.

Su función es ayudar al sacerdote y servir a los fieles. Manos ministeriales de la comunidad que sirve al sacerdote, manos sacerdotales que multiplican la acción dispensadora del que preside. En esta duplicidad integradora, junto al Pan Consagrado, entendemos la vocación cristiana y todos sus caminos: tenemos presente el misterio de la Iglesia: pueblo rescatado, linaje sacerdotal, esposa casta, que vive con Cristo, anuncia al mundo su presencia y espera su venida.

